

SÁBADO DÍA 6 MAÑANA (CHARLA) LAS SEIS TINAJAS DE AGUA CONVERTIDAS EN VINO (Jn.2,1-11)

1. “Se les acabó el vino”.
2. “Haced lo que él os diga”.
3. “Llenad las seis tinajas de agua”:
 - a. El agua de la confianza y del cuidado de Dios
 - b. El agua del perdón y de la Gracia
 - c. El agua del amor
 - d. El agua de la esperanza
 - e. El agua de la libertad
 - f. El agua de la vida cotidiana
4. “Sin saber su procedencia”.
5. “Reservar el mejor vino para el final”.

El última agua del que podemos beber es el agua de nuestra vida cotidiana. Y esa la bebemos no de la inercia, de la rutina... pero tampoco de las cosas espectaculares. El tiempo ordinario es muy bueno y muy importante. Además de tener valor en sí, es un tiempo que prepara y es un tiempo que consolida. Es un tiempo de hacer poso, de que se posen las cosas, de que se purifiquen, de que se encuentren en su justo lugar, de que sean contrastadas. Un tiempo de que la levadura que hemos recibido estos días se mezcle con mucha masa, con mucha harina, de distinto origen. Y la sal se funda con los alimentos y la luz ilumine los rincones del día a día, de la casa.

Lo que hemos recibido aquí es bueno en sí, pero es a favor de la vida cotidiana, es para esa vida cotidiana. El cauce habitual es lo de cada día. Es verdad que en el día a día necesitamos experiencias que nos recuerden, que nos provoquen, que nos convoquen, que nos sugieran, que nos despierten. Pero es a favor de este tiempo.

1. “Se les acabó el vino”

“Tres días después”. Así es como empieza este evangelio, como haciendo un guiño a lo que suponen los tres días que preceden a la Resurrección del Señor. Como diciéndonos que de lo que va a hablar es de los **frutos de la Resurrección**. Aunque se sitúe este texto al comienzo de la vida pública de Jesús. Juan nos quiere contar con lenguaje humano, cotidiano algo que son como *“salpicaduras” del agua eterna* que saltan hasta nosotros desde las fuentes de la Resurrección de Jesús. La fuente de todas nuestras fuentes.

El lugar es Caná, una aldea de montaña a 15 Kilómetros de Nazaret. Y el contexto una boda, un auténtico acontecimiento para los campesinos de Galilea. Pero el evangelio nos coloca rápidamente en un contratiempo. Y es María, *siempre atenta* a las cosas más humanas y más sencillas, la primera que se da cuenta.

“No tienen vino”. Acaso porque calcularon mal la cantidad de vino, quizá porque no tenían para más o porque acudieron demasiados invitados o bebieron más de lo que se esperaban... el caso es que se quedaron sin vino. Y una fiesta sin vino es como una vida sin alegría. Una vez más el evangelio arranca de una realidad cotidiana. De una situación de carencia, de necesidad. Más aún cuando sabemos que el evangelista san Juan siempre aprovecha las circunstancias humanas concretas para contarnos cómo interviene Dios en ellas. Por eso este texto tiene un carácter simbólico. Y nos habla de alegrías agotadas, de proyectos frustrados, de experiencias de decepción.

Este texto es paralelo al de la pesca milagrosa. En ese relato los discípulos de Señor se pasan toda la noche faenando y no pescan nada. Vuelven de vacío, decepcionados. En este los novios se encuentran también sin vino, decepcionados. No tienen con qué alegrar la fiesta de sus bodas.

Los dos contextos son el amor (en el caso de las bodas de Cana) y el trabajo (en el caso de la pesca milagrosa). Los dos contextos en los que nos jugamos lo más importante de nuestra vida cotidiana. Decía Freud que la madurez consiste en la capacidad de amar y trabajar en libertad. El amor y el trabajo son los que hacen que echemos raíces en la vida. Son lo que nos ocupan la mayor cantidad de tiempo y de energías. Son lo que nos espera a la vuelta de las vacaciones. La vida cotidiana.

Pues bien, María, muy lúcida ella, sabe que el vino del amor muchas veces se nos agota. Quizá no se nos agota el amor, pero si el vino que lo alimenta: la paciencia, el perdón, la implicación, la mirada que rescata, la gratuidad, el sentido del tiempo, la apuesta renovada, el renovar los encuentros...

Y, como quien no quiere la casa, deja caer a Jesús: “No tienen vino”. Ella sabe que no es la hora de su hijo. Y así se lo recordará Jesús. Sabe que todavía le queda un largo camino, toda su historia de Galilea, todo el anuncio del Reino, todo el peso del fracaso, toda la necesidad de entregarse del todo al Padre y con Él al mundo. No es su hora. Y Jesús le pide a María que no precipite su momento, que no intervenga.

Pero ella mira la situación desastrosa en la que van a quedar los pobres novios. Y llevando a cabo la misión de intercesora que a lo largo de los siglos ha desempeñado, se dirige a los sirvientes y les dice esas palabras que son el resumen de estos ejercicios y la fuente limpia para nuestra vida: **“Haced lo que él os diga”**.

Esta mañana queremos escuchar muy de dentro y de labios de María, de labios de la virgen de Bolen: “Haced lo que él os diga”. Uno con los años ya no sabe lo que es mejor o peor. No sabe si es mejor tener suerte en la vida o no tenerla; tener mucho sentimiento de pecado o carecer de él; ser fuerte o ser débil; triunfar o fracasar; tener una salud de hierro o vivir la fragilidad confiadamente. Lo que sí va aprendiendo el corazón es a hacer lo que Él me diga. Porque lo que Él me dice será lo mejor.

Ojala vayamos esta tarde a nuestra vida cotidiana con este deseo. Ojala que nuestra sed sea ahora **beber de su voluntad**. “Lo que él nos diga”. A nosotros nos toca mantener una actitud de atención a su palabra, a su presencia, a su voluntad... aún en medio de la vorágine que nos rodee. Si Dios encuentra esta actitud de tierra porosa a su voluntad, ya se encargará Él de hacer llover sobre nosotros su voluntad. Que no volverá a Él vacía sino que realizará su encargo”.

La vida cotidiana es tiempo de consentir con que el deseo de Dios sea mi deseo; sus planes, los míos. Aunque camine a tientas, sin tener nunca la certeza de haber acertado. Pero sabiendo que una actitud de obediencia, amorosa y sostenida, es la que hace que los ríos lleguen a su destino, aunque tengan que dar unas cuantas vueltas y revueltas de más.

Nos llena de esperanza el que María arrancase ese signo de manos de Jesús. Como si la disponibilidad a lo que Dios quiera abriera boquetes a la corriente de la Gracia sobre nuestras vidas. Como como si forzásemos el milagro.

Y entonces Jesús hizo llenar de agua las seis tinajas de unos cien litros cada una y las transformó en vino bueno. En el mejor vino. Esas seis tinajas son las que hemos traído nosotros durante estos días y las que queremos tener presentes en nuestra vida cotidiana. Y a ellas queremos volver brevemente para tenerlas presente en estos momentos. Como cuando al final del día hacemos el repaso del día con el Señor: “Mira Señor, esto y aquello lo he vivido Contigo”.

El **martes por la noche** brotaba de nuestro corazón una afirmación que hablaba más de Dios que de mí: **“Todas mis fuentes están en Tí”**. A veces más un deseo a suplicar porque lo intuimos lleno de horizonte y obra suya, que una realidad conquistada y ya vivida del todo y a fondo.

El **miércoles** era la samaritana la que nos colocaba al lado del pozo junto a Jesús, el verdadero pozo de aguas vivas. Y era ella quien aumentaba para nosotros la sed. Fue ella la que escuchó ese deseo y ese suspiro tan hondo de Jesús, que brotaba de los más dentro de Jesús: **“¡Si conocieras el don de Dios y aquel que te pide de beber!”**. Y ella, también, la que corrió a contar a los suyos que de su corazón comenzaba a brotar un manantial desconocido, cuya agua le llenaba de vida y de alegría. Y fue otra María, la de Betania, la que nos enseñó a permanecer bebiendo, calladamente, **a los pies de Jesús, bebiendo con avidez sus palabras**. Bebiendo con calma de su presencia.

A partir de ahí han ido sucediéndose las distintas aguas, nacidas todas de la misma fuente. Esta mañana las recordamos, y las contemplamos introducidas en las tinajas que le presentamos a Jesús, en este último día, para que Él las transforme en el vino bueno del que queremos beber ya en nuestro día a día. Nosotros le presentamos nuestra agua, a veces tan mezclada de barro y Él, porque es así, ha decidido convertirla en vino bueno.

El **jueves** acudíamos a beber del **agua de la confianza** alojado en **la tinaja del cuidado de Dios**. La experiencia frágil y fuerte de que Dios cuida de nosotros siempre: enteramente, eternamente y extrañamente también. Una confianza no facilona ni ingenua, sino una confianza probada. Una confianza agitada por el agua del realismo hasta casi hundirnos. Pero una confianza que se recibe cada mañana como el maná. Una confianza que baña nuestras soledades y nuestras impotencias, como el paralítico de la piscina de Siloé, como la mujer hemorroisa, como la viuda pobre frente al templo y como tantos hombres y mujeres que se han sumergido en las aguas de la confianza fiados de la mirada del Maestro. Ese día tatuamos en nuestro corazón aquella camilla, símbolo de la fragilidad que somos y símbolo de donde estuvimos postrados y de donde tú nos pusiste en pie, Señor.

¿Al volver a casa, en zonas de mi realidad voy a necesitar más que el Señor convierta el agua de mi frágil confianza en el vino bueno de su promesa de cuidarme siempre y de no dejarme nunca de su lado?

El **viernes** depositábamos en el agua de nuestra nuestra radical fragilidad y de nuestro pecado en **la tinaja de tu compasión y de tu Gracia**. Y como “agua derramada” nos sentíamos junto a aquel publicano que ni se atrevía a levantar los ojos. Y sólo sabía gritar: **“Dios mío ten compasión de mí, que soy un pecador”**. Frente a su súplica callada sonaba con estrepito el agradecimiento arrogante del fariseo que acudía al templo cargado de méritos y de ceguera. Lo mismo que Simón el fariseo o que el hermano mayor de la parábola o que los viñadores de la primeras hora. Sus buenas obras se convirtieron en un obstáculo entre ellos y Dios. Entre ellos y los otros. Por eso aquella mujer derramó **un río de lágrimas** incontenibles a los pies de Jesús. Lágrimas **de agradecimiento, lágrimas de liberación**. El torrente de la Gracia había roto todos los diques y ella se sintió anegada por un amor inmerecido, excesivo, gratuito y entrañable.

Al volver a casa y encontrarme otras vez con mi pecado. Te pido, Señor, que mi reacción no sea el sentirme humillando y derrotado una vez más, sino que sea capaz de mirarte más a ti que a mi desgracia. Más a tu misericordia que me acoge que a mi autoimagen que vuelve a caer. Que no me canse de volver hasta setenta veces siete a implorar

tu perdón y el de mis hermanos. Porque quizá con mi pecado reincidente hasta decir basta, quieres Tú que mis piedras de tropiezo, de momento, sigan trabajándome todavía. ¿Y quién soy yo para impedirlo?

El sábado depositábamos **el agua de nuestros amores torpes** en la **tinaja** de tu amor hasta el extremo. Y nos llenábamos de asombro al mirarte a ti, lavándonos los pies a nosotros. Tomando la condición del más pequeño, del grano de mostaza. Nos parecía imposible que la enormidad de tu amor se abajase hasta formas tan pequeñas, sin perder nada de su grandeza. Nos sorprendía descubrir un amor que se ofrece y se entrega: “tomad y bebed”. Un amor que toma la condición de un puñado de levadura que desaparece para fermentarlo todo, en mí y en el mundo. Parábolas que nos ayudaban a leer la Pasión por dentro. Que nos ayudan a comprender que Dios trabaja siempre, que no ha dejado de trabajar nunca. Pero a su manera: desde dentro, desde abajo, en lo pequeño, combatiendo y soportando el mal de la cizaña, al ritmo de una planta que necesita su tiempo de maduración pero a la vez, con la fuerza imparabla de la vida. De la vida que viene de Dios.

También el sábado por la tarde acudíamos a la fuente más extraña y más desconcertante. Y entonces nos invadió el sobrecogimiento: ¡**En el costado de Jesús** encontramos que se hallaba todo el sufrimiento, todo el pecado y todo el mal de este mundo (también los míos). Y a la vez, de ese mismo costado brotaba todo el perdón, todo el bien y toda la gracia! **Sus heridas curaban las nuestras**. Con temor y temblor nos acercábamos a beber de este cáliz.

Al volver a casa ¿Dónde siento, en mi vida que voy a necesitar más de un amor así: un amor que sabe luchar y sabe esperar; un amor en lo pequeño y poco reconocido; un amor que se mezcla y no reclama la justa recompensa? ¿Qué heridas voy a necesitar que el Señor siga curando con las tuyas? ¿Y qué heridas puedo yo curar de su parte?

El domingo vertíamos **el agua de nuestra esperanza** en la **tinaja de la resurrección de Jesús**. Al mirarle a Él, arrastrando todas las esperanzas de la humanidad, sentíamos cómo el agua de nuestras esperanzas, medio muertas, se ponían en pie. El agua de nuestro esperar bebía del vino de su promesa, de su fidelidad inquebrantable. Y asistíamos a los finales de las parábolas. Finales que son ese vino bueno prometido del que ya se nos dan a gustas algunos sorbos y que en el cielo beberemos a placer.

El agua de nuestras esperanzas brota directamente del corazón de Dios. En él descubrimos alojado a todos los bienaventurados. Y comprendimos que Jesús fue el primero de ellos y que con su vida abrió un vado por donde corre el río de los pequeños que confían en Dios. Donde encuentran consuelo los que lloran y fuerzas los que trabajan por la justicia en un mundo que se va a reír de ellos. Pero en esos bienaventurados encontramos una extraña alegría, una extraña paz.

Al volver a casa y cuando mis esperanzas se me tuerzan ¿Voy a sacar pecho? ¿Voy a sentirme abatido? ¿O voy a hacerme como uno de esos pequeños que se sitúan siempre delante de Dios y de él reciben el agua para seguir caminando en medio del desierto? ¿Cuál de todas las bienaventuranzas me va a tocar encarnar con mayor intensidad?

Ayer **lunes**, **el agua de mi libertad** quiso verterse en la **tinaja del querer de Dios**, de su voluntad y su Sueño sobre mí y sobre el mundo. Y sentíamos como el joven rico la tentación de reservarnos; la sospecha de que Dios siempre viene a amargarnos la fiesta, a robar nuestra felicidad, a volver a exigirnos. Cuando perdemos su mirada sus palabras nos parecen sólo eso: exigencia. Cuando es la mirada la que sostiene sus palabras entendemos que Dios quiere sacar de nosotros nuestra mejor versión. Y nos sentimos afortunados y agradecidos de que Dios haya tenido a bien contar con nosotros en su trabajo por este mundo. Nos pasa como aquel siervo que no busca agradecimientos porque el agraciado y el agradecido, más que nadie, es él. Vamos aprendiendo ese extraño don que es la “docilidad del corazón” que confía y acepta; que sabe luchar y sabe descansar.

Al volver a casa es probable que el agua de mi libertad tome los caminos de la inercia y discurra por los mismos derroteros. Hoy me pregunto y te pregunto Señor: ¿Qué palabras de encargo tienes para mí? ¿Son palabras de confirmación que me piden que siga empeñado en lo que estaba? ¿Son palabras que me piden salir un poco más de mi narcisismo? ¿Son palabras que me piden que aprenda a descansar, que aprenda a confiar un poco más en ti y en providencia, que aprenda a soltarme?

4. “Sin saber su procedencia”.

Dice el relato de las bodas de Cana que el maestra sala degustó el vino sin saber de su procedencia. A algo de esto estamos llamados. Sería un error querer medir el impacto de estos ejercicios, querer controlar algo de lo que aquí hemos vivido. Lo mismo que la parábola de la semilla que crece por sí sola sin que el sembrador sepa cómo. Lo mismo que el maestra sala no sabe la procedencia de este extraño y delicioso vino. A nosotros se nos da **beber sin controlar**. Dejar que lo que hemos vivido estos días se vaya posando. No acudir a las tinajas para comprobar que toda nuestra precaria agua se ha convertido ya en vino exquisito. Dejar que todo madure. Pero acudir cada mañana a la fuente. Al agua nuestra de cada día.

Mucho en la fe consiste en algo que nos cuesta tanto, en dejarnos llevar por la corriente de Dios. Caminar sobre sus aguas sostenidos por su mirada. Fluir, en lugar de controlar. Sin saber su procedencia. Consentir.

5. “Reservar el mejor vino para el final”.

Porque acaso las mejores palabras que el Señor tenga para nosotros están todavía por decir a partir de esta tarde. Porque **Dios todavía no ha agotado su amor ni sus palabras y planes para con nosotros**. Porque en la fe nunca vivimos de las rentas. Porque Dios es siempre novedad, aun cuando llevemos la tira de años en esto.

Si algo vamos aprendiendo de Dios es que su generosidad para con nosotros no tiene medida. Que con muchos de nosotros a Dios se le ha ido la mano. Ese exceso que recoge el texto al presentarnos al final nada menos que seis tinajas de cien litros de excelente vino. Seiscientos litros de vino de la mejor calidad. No lo podemos negar, **el Señor ha estado grande con nosotros**, sin sacarnos de nuestra pequeñez, en medio de ella. Ojala que el Señor nos vaya haciendo expertos catadores de su enormidad albergada en humildes recipientes. Que sepamos reconocer vino exquisito donde muchos parecen ver sólo agua corriente.

El mejor vino es el que el Señor reserva para el final. Para la fiesta de nuestra resurrección, para nuestras bodas definitivas con Él. Pero mientras tanto se nos da a gustar por anticipado en el día a día el vino que tiene reservado para cada uno de nosotros. Se nos da a degustar la alegría de su presencia, el aroma de su amor, el gusto afrutado de su esperanza y el sabor inconfundible de su fidelidad añeja e inalterable.

ALGUNAS OCURRENCIAS (porque no llegan a consejos) PARA EL CAMINO

Dejar que **se pose el agua** removida. Todo lo que nos ha removido por dentro, del signo que sea. Seguramente que mucho de ello irá perdiendo su intensidad emotiva. Pero quedarán, de forma más sobria, las intuiciones del corazón: la buena noticia de que mi corazón y mi vida tienen fuente, porque Él la ha puesto ahí dentro como un manantial (aunque a veces parezca secarse). Esa fuente no soy yo, ni mis capacidades... pero tampoco ni mis mejores dones, ni mi peores pecados. ¡No bebo de ahí! Bebo de Ti, mi Señor, porque todas mis fuentes están en Ti.

Desde este reconocimiento de dónde están mis fuentes, ver si hay **algún cauce que tengo que despejar** para que el agua fluya. O si he encontrado algún riachuelo inesperado al que el Señor me pide que se siga la pista. O ver si estos ejercicios han sido de “confirmación”, de que he de discurrir por los mismos cauces por donde venía viviendo. (P.e. cuidar más el corazón en el día a día; dedicar “tiempos blindados” a la oración; aprender a no estrujar el día; encontrar a Dios en las tareas que me tocan...)

La importancia de la “mirada”. Volver muchas veces a la pregunta cariñosa: “Señor, tú esto, ¿Cómo lo ves?” ¿Cómo nos ves? Volver una y mil veces a la mirada que nos sostiene. Cuidar la mirada sobre todo en todo lo relacionado con la convivencia, con las relaciones cotidianas. ¿Cómo me ves? ¿Cómo mirar esto que tanto me cuesta?

Distinguir entre las **fuentes y las tendencias**, las “piedras de tropiezo”. Tratar de vivir las segundas con la mayor posible. Si tenemos que luchar contra ellas... luchar **con paz**. Si tenemos que aceptarlas dolorosamente... hacerlo con paz. No solo la paz no de madurez, también y sobre todo la paz del Resucitado, que se suplica y se recibe con un regalo.

La querencia por **lo pequeño**, lo oculto, lo sin brillo... incluso aunque por las circunstancias a uno le toque estar en primera línea. Y la querencia por volver a hacernos pequeños siempre: “pequeños delante de Dios”.

Aceptar la humillación de tener que **volver donde el Señor... hasta 70 veces 7** (al día) porque seguimos sin poder. Hay procesos que exigen mucha confianza y mucha paciencia. Y la tentación es el cansancio o la desesperación. “Este soy yo Señor, torpe como yo solo... pero éste soy yo al que tú amas, perdonas y vuelves a poner en pie, una vez más”. Y, a la vez, estar atentos y agarrar, siempre y cuanto antes, los hilos que nos sacan y nos salvan de nosotros mismos.

La importancia de **vivir bien nuestra fragilidad**. Sobre todo la más costosa, la más insuperable o la más prolongada. Intentar, con ayuda de la gracia, hacer de esta fragilidad, un camino de humildad, de confianza, de abandono.

Cuidar nuestro **“niño interior”**. No nuestro “niño narcisista” (aunque a veces se manifieste incluso así). Sino nuestro niño que confía, que agradece, que juega, que se asombra, que disfruta, que se deja cuidar y querer, que extiende sus manos... Disfrutar mucho con el Señor.

Descansar nuestra fe herida (o de cortas miras) en la fe de la Iglesia. Y encontrar en ella un lugar donde beber de sus aguas subterráneas, recuperar con ella la mirada ancha, horizonte... **sumergirnos en la fe de la Iglesia**.

Vivir mucho el día a día. **Dejar el mañana en sus manos**. Y pedir luz, esperanza, amor, fuerzas... cada día y para cada día. Y agradecer incluso los malos días. La tierra no se ara de una vez para toda la vida, sino que cada año hay que volver a roturar la tierra, ablandar los terrones, mullir el terreno, hacer surcos, introducir y cubrir la semilla, abonar...

Querer **vivirlo todo con el Señor**. ¡todo! sin restricciones ni zonas vedadas: lo más luminoso y lo más negro y lo más oscuro. Lo extraordinario y lo corriente. Con Él. Que Él visite nuestras zonas más impresentables, las más oscuras, las que nosotros no somos capaces de transitar con paz. Que el pase por ahí, que las visite y las llene de su presencia, de su sentido. Querer vivirlo todo con Él: la oración, la acción, las relaciones, la impotencia... el pecado. “Pase lo que pase... que me pase Contigo, Señor”.

“Haced lo que Él os diga”. Mantener la atención del corazón a los susurros del espíritu en cada momento, en cada nueva situación. Obedecer con la vida a quien sabemos que es dueño de ella (aunque yo se quiera robar una y mil veces). Porque el viento sopla donde quiere.